

Emita. Manos que curan, manos que limpian

Una despedida inesperada

Por Randy Chung Gonzales (poesía y dibujos) y Lucas Nakandacare (cuento)

RESUMEN

Este texto es un homenaje íntimo y conmovedor a Ema, una mujer curandera del monte, cuya vida estuvo dedicada al arte ancestral de la sanación a través de plantas y rituales espirituales. Narrado desde la experiencia personal del autor, Randy Chung Gonzales, y escrito por Lucas Nakandacare, el relato reconstruye la relación entre maestra y aprendiz, marcada por la transmisión silenciosa de un saber profundo, nacido del vínculo con la Pachamama y con los espíritus que habitan la selva. A través de memorias, descripciones de curas tradicionales—como el tratamiento del mal de aire en niños—y un lenguaje sensible y poético, el autor retrata la grandeza de Ema, su humildad y su legado. El texto reivindica el valor de los saberes indígenas y de las mujeres sabias, guardianas de una medicina espiritual muchas veces ignorada por la modernidad, y propone una reflexión sobre la continuidad de esos conocimientos en quienes los reciben con respeto y compromiso.

Palabras clave: sanación indígena, curanderismo, saberes ancestrales, mujeres curanderas, rituales espirituales, Pachamama, mal de aire, transmisión del conocimiento

Pachamama

Niña, mujer y abuela
Mujer sabia de resistencia infinita
Mujer con un profundo instinto de dar a luz y criar.
Mujer criadero de plantas, animales y humanos
Mujer maestra que riega cada segundo sus enseñanzas de cómo
Vivir en armonía entre humanos y no humanos.
Mujer de gran espíritu sanador.
Mujer maltratada, profanada por el diablo llamado “desarrollo”
¡Resiste Pachamama!
Perdónalos porque los humanos
No saben lo que hacen.
Empezó el comienzo para el final de tu descanso
La brutalidad humana saborea tu dolor
Sin saber que ellos mismos están creando su final catastrófico.

**Figura 1**

Dibujo de Randy Chung.

Ema era curandera del monte, de esas que crecieron cercadas por las plantas que habitaban la tierra donde vivía. Desde niña ya le enseñaban el poder de cura de las plantas y de los ritos; sabía de los espíritus que habitaban las plantas y cómo hablar con ellos. Su conocimiento acerca del curanderismo hacía que las personas de su pueblo la buscasen para sanarse, sobre todo padres y madres con niños enfermos, y muchos venían después de intentos frustrados con los médicos de las ciudades vecinas. Así, Ema pasó a ser conocida en su pueblo como alguien que sanaba lo que la medicina occidental no podría ver.

Como muchas de las curanderas del monte, Ema nunca había dejado su pueblo y creció en contacto con las plantas, aprendiendo sus secretos, pasados por los que guardan esos saberes. Poco sé de su historia, pero es común en familias de curanderos que las tradiciones y conocimientos sean pasados a los niños del mismo linaje. Son pueblos que viven lejos del

contexto urbano y tienen poco contacto con la cultura de los grandes centros, pueblos que, desde antes de que hubiera medicina occidental, buscaban la cura en la naturaleza y descubrieron que la sanación se ubicaba en las plantas y en la dimensión espiritual que nacía de esta relación. Así creció Ema, dedicando su vida a usar los conocimientos de las plantas y de sus maestras que a ella le confiaron para seguir sanando los males de su pueblo.

La conocí cuando tenía ya 80 años, justo cuando compré la chacra al lado de su casa. Por suerte, era mi vecina. Un día estaba caminando cuando vi a esa señora hablando con las plantas, como si hablase con sus hijas. Yo no tenía la costumbre de hablar con las plantas, entonces al principio me pareció un poco rara la escena. Cuando se dio cuenta de mi presencia, Ema se acercó y se presentó. Me presenté también y le conté que justo me había mudado a la chacra. Pronto ya caminábamos por mi chacra donde Ema me presentaba a las plantas que ya vivían ahí; era como si ella me presentase a sus amigos.

Sabía reconocer a cada una y sus maneras de curar. Ema siempre fue muy generosa conmigo cuando se trataba del conocimiento de plantas y rituales. Nunca le pregunté por qué me contaba tanto sobre esos conocimientos que había heredado de su familia, pero sospecho que Ema sabía del desinterés del mundo por su arte de curar; sabía que las herederas del monte iban perdiendo sus raíces junto con el curanderismo. Los pocos que le creían fueron los testigos de su conocimiento de las plantas, sobre todo los padres que llevaban a sus niños enfermos sin diagnóstico. Gracias a su enseñanza, yo pude sanar a algunos también.

Un tipo de caso que era común tratar para Ema eran los niños con mal de aire. Se trataba de niños que eran demasiado sensibles, que tenían muchas reacciones como vómitos, diarreas, que no querían comer y los ojos se ponían hondos, como calaveras. “Eso pasa con niños que son muy sensibles; un tunchi¹ (espíritu malo) se apodera del niño y causa esas reacciones. Para curarles, hay que llamar al niño, para que su alma regrese”, me decía. Ema pasaba por el cuerpo del niño un huevo, vela, mapacho y un papel periódico junto a un ramo de ruda, y mientras hacía el rito también hacía rezos católicos. Usaba los instrumentos para sacar el tunchi del niño y oraba para traer a su alma de vuelta. Después pedía a la mamá del niño que botara todo, enterrándolo en un barranco, sin que nadie la vieras, para no tener el peligro de traer el alma enferma de vuelta.

Cuando el mal de aire era grave, Ema calentaba flor de cementerio, manteca de gallina, agua florida y timolina, y sobaba la mezcla tibia en todo el cuerpo del niño. Me decía que los perfumes que usaba eran como poner un sello después de la cura, para refrescar el alma que recién había regresado después de haberse perdido.

Con sus conocimientos y su fe, Ema curó a muchos niños. Era una simple mujer, a pesar de que no lo era. No buscaba reconocimiento de sus prácticas y tampoco lo hacía por plata; sabía que la sobrevivencia del conocimiento que había heredado de las mujeres de su familia era lo más importante. Ahí estaba su grandeza, en no querer ser más que un instrumento de cura.

En una tarde, caminaba por mi chacra, mirando a las plantas que Ema me había

presentado, cómo cambiaban y escuchando qué me decía cada una de ellas. De repente, escuché su voz llamándome, como si estuviera a mi lado, aunque fuera imposible porque su casa estaba lejos de donde yo estaba. Seguí caminando y la voz de Ema me seguía llamando hasta que fui a su casa siguiendo mi intuición. Justo cuando llegué a la puerta, su hija me recibió diciendo que Ema estaba enferma, que iba a partir pronto y que, aunque dormida, estaba llamando a mi nombre.

Cuando llegué a su pieza, Ema estaba acostada, cansada y dormida. Me senté a su lado y puse mi mano en la suya. Ema abrió los ojos cansados, me miró y sonrió. Con una voz débil y suave, dijo que me estaba esperando. Cerró sus ojos y se quedó dormida de nuevo. Me despedí de Ema y de su hija. Un rato después, supe que Ema había fallecido.

Nunca le pregunté por qué me había escogido para dejar sus conocimientos, pero creo que su voluntad era dejarlos para alguien que los protegiese y los usase para curar. En ese camino, creo que me mandaron gente como Ema para prepararme.

Aunque Ema no esté más en ese mundo en el que vivimos, sigue viva de otras maneras: la traigo en cada rito para sanar a niños, cuando hablo con las plantas y en cada rezo que hago. Ema sigue viva sin un nombre; sigue como la herencia que me dejó en forma de sanación.

¹ Tunchi también es conocido en la Amazonía como el “mal aire”, enfermedad de origen espiritual donde el niño es poseído energéticamente por espíritus que le causan síntomas como: dificultad de respirar, diarrea, vómito, agitación y dolor en el pecho.



Figura 2

Dibujo de Randy Chung.

Mujer curandera

Mujer curandera.
Mujer de fierro.
Mujer sabia de corazón sensible y de mirada profunda.
Mujer de intuición acertada.
Mujer curandera con una humildad eterna
Y heredera de un don celestial.
Curandera del alma y del cuerpo.
Hermana de las plantas sagradas.
Aprendiz y maestra del mundo espiritual.
Cura y seguirás curando hasta que tu alma
Pueda volar a un descanso eterno.
Gracias infinitas,
Mujer curandera.

Este artículo puede citarse como:

Chung, Randy, y Lucas Nakandacare. 2026. "Emita. Manos que curan, manos que limpian: una despedida inesperada." *Fourth World Journal* 25 (2): 145–149.

SOBRE LOS AUTORES**Randy Chung Gonzales**

Randy Chung Gonzales nació en Perú y tiene una larga trayectoria con las dietas vegetalistas. Desde el año 2015, cuando atravesó por su iniciación más profunda, se dedica a los rituales espirituales, a la conducción de ceremonias y a la toma de plantas maestras, entregándose profundamente al cuidado de quienes lo buscan. Es autor, junto con la antropóloga Fédérique Apffel-Marglin, del libro *Iniciación por los espíritus: tratamiento de las enfermedades de la modernidad a través del chamanismo, la psicodélicos y el poder de lo sagrado*, en el que narra su proceso iniciático. Fue presidente de la asociación Sacha Mama en Lamas, Perú. Fundó y dirige el centro vegetalista Ampikuk, en la selva peruana, y está presente todos los meses en Brasil, liderando las jornadas vegetalistas en Lar e Integração do Ser (LIS). Trabaja también como artista en la relación entre arte y espiritualidad.

**Lucas Nakandacare**

Lucas Nakandacare es un psicólogo brasileño. Tiene un posgrado en psicología clínica y es acompañante terapéutico y terapeuta de prácticas integrativas. Participa de dietas vegetalistas desde 2014 e integró el equipo de Prácticas Ritualísticas del Centro Vegetalista Lar e Integração do Ser (LIS) en Areal, Río de Janeiro, Brasil, junto a Randy Chung y Karla Perdigão.